

Tardieu, Jean-Pierre: *La “gran complicidad” de los criptojudasizantes de Lima (1635-1642)*. Madrid/ Frankfurt am Main: Iberoamericana/ Vervuert, 2022. 203 pp.

Gleydi Sullón Barreto

CHAM, Universidade Nova de Lisboa

E-mail: gbarreto@fcsh.unl.pt

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3789-1495>

<https://dx.doi.org/10.5209/rcha.98773>

El libro de Jean-Pierre Tardieu aborda la humanidad del reo frente a los jueces de la Inquisición de Lima. En palabras del propio autor, es propósito de su obra contemplar, más que analizar, la evolución de los sujetos judaizantes desde su llegada al Virreinato del Perú hasta los años 30 y 40 del siglo XVII, tiempo en que tuvo lugar la caída de los mercaderes lusos más importantes. A partir del estudio de tres casos y el cotejo de diversos testimonios se devela los confines del mundo interior de los protagonistas, así como la suerte que correrían sus vidas.

El libro, que incluye una breve introducción y unas conclusiones, se estructura en tres capítulos, cada uno recorre, respectivamente, el itinerario de vida de Francisco de Acevedo, Manuel Bautista Pérez y Diego de Ovalle. Todos ellos considerados cristianos nuevos que padecieron las cárceles secretas de la Inquisición bajo la sospecha de judaísmo. El primer capítulo está dedicado a Francisco de Acevedo cuya historia resulta singular con respecto a las otras dos, porque fue él mismo quien, obsesionado por la salvación de su alma, se presentó al Santo Oficio para dar cuenta de su pecado.

Así, el primer capítulo deja entrever dos cuestiones que estarán presentes a lo largo del libro: las motivaciones que habrían llevado a estos sujetos a judaizar y las razones de su emigración a las Indias. En el caso de Acevedo, su formación judía habría sido impuesta por su madre y sus hermanas, y a la que habría accedido más por cansancio que por una cuestión religiosa. Esta realidad explicaría su viaje a las Indias "harto de las intromisiones del clan familiar en dominios que, a su juicio, remitían al fuero interno" (p.37). Se entiende que su conversión al judaísmo fue superficial. Su ingreso a las Indias se dio en el marco de la unión de reinos y a través de un largo itinerario que pasó por el sur minero del Virreinato del Perú. Pero, a diferencia de otros lusos que se dedicaron al comercio de esclavos y a la explotación minera, Acevedo se dedicó, en Lima, a las tareas agrícolas en unas tierras que alquiló de los indios de Lurigancho.

El carácter superficial de su conversión y el hecho de tener que llevar una doble vida lo condujeron a la confesión. Esto supuso que delatara a sus parientes y allegados de Salvatierra (Galicia). En este aspecto, el autor destaca los procedimientos duros aplicados por el Santo Oficio que terminaban por convertir a los reos en denunciadores. En Acevedo se sumó también su experiencia mística, que él entendió como una respuesta de que la ley verdadera era la de Jesucristo. No se conserva el fallo de este proceso aunque, según el autor, es probable que fuera reconciliado en secreto (p.20).

El segundo y tercer capítulos del libro están dedicados, respectivamente, a Manuel Bautista Pérez¹ y a Diego de Ovalle. Aunque ambos diversificaron sus actividades, el primero se especializó en el comercio de esclavos y el segundo, en el negocio del vino. Ellos formaron parte del proceso de la "gran complicidad" y tras ser acusados de judaizar, conocieron las cárceles secretas de la Inquisición. A partir de las respuestas dadas a los inquisidores en relación con el trayecto de su vida, el autor reconstruye de manera aproximada sus orígenes familiares. Así, en lo que respecta a Pérez, sitúa su nacimiento y sus primeros años en Ança (Portugal). A la edad de cinco años su padre lo lleva a Lisboa y lo deja al cuidado de una tía materna, Blanca Gómez, en cuya casa vive por espacio de seis a ocho años. No se mencionan las razones de por qué la madre de Pérez no pudo ocuparse de su crianza. Tras llevarlo a Lisboa, su padre tampoco estuvo cerca en los años de su infancia. Después de la estancia en la capital portuguesa, Pérez marcha a vivir a Sevilla con su tía Blanca Gómez y con su hijo, Juan Báez Henríquez, quien era su primo, pero años más tarde se convertiría en su suegro (p.60). Permaneció con ellos unos seis años hasta que a la edad de 17 o 19 años se independiza y regresa a Lisboa para ganarse la vida. La forma que encontró para ello fue embarcarse en una nao para Guinea, en el marco del asiento de esclavos que por esos años estaba en manos de los portugueses.

Así es como Pérez realiza varios viajes a Cartagena de Indias y en 1619 llega a Lima, seguramente convencido de que en esta ciudad podría sacar provecho del comercio negrero. No se equivoca, con el paso del tiempo se convierte en el más importante mercader de esclavos de Lima. Después de 1619, el capitán realizó varios viajes entre Lima y Cartagena, hasta que hizo el último en 1627 para casarse con doña Guiomar Henríquez. Ya para entonces había decidido echar raíces en Lima y establecer su centro de operaciones en esta ciudad.

Orígenes familiares distintos rodean a Diego de Ovalle, el otro personaje del que se ocupa el autor. Procedía de una hacienda próxima a Évora, su padre había servido como mercader al duque de Braganza y su abuelo había llegado a Lima después de servir de paje al infante don Duarte de Portugal. Tales vínculos con la nobleza lusa lo situaron en una situación particular. Por el lado de su madre, los orígenes son humildes, destacando el abuelo materno en el oficio de tintorero. No hay información sobre el año en que llegó a Lima, se sabe solo que realizó viajes a Cabo Verde, Angola y México, antes de su establecimiento en Lima donde empieza como pulpero hasta convertirse, con el tiempo, en un próspero mercader de vino.

El relato de sus orígenes ante el Santo Oficio, fueron corroborados por el autor del libro, y del contraste de información resultaron varios hallazgos. Por ejemplo, que el personaje identificado como Diego de Ovalle, era Diego Brandón, que su padre había sido sentenciado por el Santo Oficio y que él había tomado el apellido del segundo marido de su madre (Ovalle), tenido por "cristiano viejo e hidalgo de ejecutoria" (p.142). Es decir, que este sujeto había usurpado una identidad de más honra, que le serviría, más tarde, para favorecer el ingreso de dos de sus hijos en los conventos de Santo Domingo y La Merced en Lima. Pero no consiguió borrar del todo su fama de judío, a pesar de sus dos matrimonios con mujeres cristianas viejas.

Una cuestión importante en la vida de Pérez y Ovalle (a la sazón, compadres) fue la constitución de sus redes. Si bien, ambos pertenecían a un círculo común y se frecuentaban periódicamente, cada cual había creado su propia red de solidaridades. En el caso de Pérez, además de contar con el apoyo de Sebastián Duarte "su hombre de confianza hasta el final de su vida" (p.63), creó una red familiar sobre la base de parientes y conocidos de su mujer. Procura, además, forjar lazos de solidaridad y dependencia. Así, echó mano de los mancebos portugueses recién llegados a Lima, y atrajo para sí a aquellos que podían ser útiles para su negocio. Al decir del autor, no cualquiera entraba en el círculo de Pérez, había una cuidadosa selección, basada en una observación a largo plazo, tarea confiada a Sebastián Duarte, aunque era Pérez quien tenía la última palabra. Se valoraban dos criterios: la seriedad en el trabajo manifestada por el ascenso social y la formalidad en la guarda de la ley de Moisés (p.71).

¹ Aparte de las obras citadas, puede consultarse: Reparaz, 1976; Minchin, 2002; Ventura, 2005.

Por su parte, Ovalle llegó a crear también su propia red, y aunque contó con el apoyo de dos sobrinos suyos, atrajo a jóvenes conversos que, recién arribados a Lima, buscaban "arrimarse a un poderoso" (p.143). Ovalle escogía a los más idóneos entre los aspirantes a su amparo y así fue como había escogido por marido de su hija Isabel a Francisco de Vergara. La relación de dependencia creada por estos mercaderes sugería un sentido de reciprocidad entre el protector y el protegido, pero sucedía, a veces, que la promesa de ayuda no se concretaba (caso de Ovalle que es presentado como un tipo sin escrúpulos y un aprovechado, p.146) o no se evidenciaba en la forma como lo esperaban los supuestos beneficiarios, y entonces sucedía que los protegidos se convertían en enemigos de sus protectores, sobre todo frente al tribunal de la Inquisición.

Más allá de las peripecias de los personajes en cuestión que se recogen en el libro, el autor parece cuestionar la idea de nación o de comunidad aplicada con frecuencia al colectivo de los judaizantes limeños. Y esta es una observación original, pues tradicionalmente se ha hecho referencia a los vínculos endogámicos de los judaizantes y a la constitución de sus redes como mecanismo de defensa del grupo frente a la persecución inquisitorial. Lo que prueba el autor, es que no hubo tal cohesión y que las redes creadas en torno a los mercaderes de gran caudal no fueron sólidas. Una vez puestos en el tormento, cada uno procuró salvar su vida (p.149).

El libro deja en evidencia que la motivación económica de los judaizantes estuvo por encima de la cuestión religiosa. Pérez habría judaizado en Lima, probablemente a partir de 1622, bajo la influencia de Garcí Méndez de Dueñas quien lo persuadió con argumentos más económicos que religiosos. Se hacía creer a los neófitos judaizantes que el Dios de Moisés "premiaba la plena adhesión de sus fieles con aciertos económicos". Pérez y Ovalle así lo creían y lo celebraban (p.155). En ese contexto el autor se pregunta ¿Qué sabían los judaizantes acerca de la ley de Moisés? De acuerdo con el testimonio de Thomé Cuaresma, del círculo cercano de Pérez, éste era muy leído y sabía muchas cosas de dicha ley (p.77). Sin embargo, no se encontró en su biblioteca algún libro que lo comprometiera. El autor postula al respecto que, conociendo el peligro en que permanentemente se hallaban los judaizantes, el personaje en cuestión debió deshacerse de los mismos. Por su parte, Ovalle, participaba de las juntas secretas en la casa de Pérez, y aunque era tenido por éste "por el más observante de la ley de Moisés", los ritos que practicaba eran básicos.

Manuel Bautista Pérez fue condenado a muerte, pero nunca admitió su judaísmo "porque no se sentía culpable" y porque pensaba que ni él ni los suyos "habían agredido la religión oficial" (p.131). Se defendió apelando al recurso de la restricción mental, asumió la muerte con dignidad, y sobrepuso al dolor por la separación de la familia y por el largo encierro, la convicción de que moría por la verdad y que lo único necesario era la salvación del alma, algo que había predicado a los miembros de su círculo.

La suerte de Diego de Ovalle no fue ajena a la prisión. La caída de Pérez lo comprometió, aunque él renegara de su compadre. Fue llevado preso con secuestro de bienes. Habían testificado contra él sus propios correligionarios, llevados por el odio o el rencor. Lo que destaca el autor, es la capacidad de resistencia del reo, pues tenía 70 años al momento de su detención y soportó un encierro por más de siete años y las pruebas del tormento. Su hija doña Isabel apeló al Consejo de la Suprema Inquisición en Madrid para pedir clemencia por su padre. Su caso fue visto por el Consejo y, considerando que el delito no estaba del todo probado, pronunció una sentencia mucho más benigna de la que se hubiera esperado en Lima. Se le perdonaba la vida, pero debía *abjurar de leví*.

El libro, bien documentado y resultado de una profunda reflexión por parte de su autor, nos invita a una relectura del proceso de la "gran complicidad", donde el énfasis está puesto en el mundo interior de los protagonistas. Los casos presentados reflejan tres distintas maneras de asumir y hacer frente a los problemas y desventuras que puede generar la cuestión religiosa. La capacidad de resistencia que tuvo cada uno frente a los métodos implacables y tortuosos de la Inquisición los llevó a transitar por sentimientos de culpabilidad, angustia y desesperanza, en diferente grado. Si Francisco de Acevedo sucumbió a la confesión fue acaso por su frágil personalidad, y porque verdaderamente creyó que la ley buena era la de Jesucristo. Seguramente encontró el perdón de los jueces, pero al alto precio de haber delatado a su familia. Si Manuel Bautista

Pérez fue capaz de resistir fue quizás porque asumió su papel mesiánico y creyó en ello hasta el final. Fue coherente y ayudó a sostener a su amigo Sebastián Duarte. Finalmente, Diego de Ovalle resistió por un tiempo negándolo todo, pero al final admitió su culpa. Durante su prisión negó y renegó de sus amigos en la fe, podría decirse, entonces que antepuso su interés personal a sus convicciones religiosas.

Referencias bibliográficas

- Minchin, Susie. “‘Vuestras Mercedes son capitanes bizarros y peruleros’: El Perú visto por la comunidad conversa portuguesa hacia principios del siglo XVII”. *Sobre el Perú. Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo*, t. II. Lima: Fondo Editorial de la PUCP, 2000, pp. 863-878.
- Reparaz, Gonzalo. *Os portugueses no Vice-Reinado do Perú (Séculos XVI e XVII)*. Lisboa: Instituto de Alta Cultura, 1976.
- Ventura, Maria da Graça. *Portugueses no Peru ao Tempo da União Ibérica: mobilidade, cumplicidades e vivência*, v.1. Lisboa: Imprensa Nacional Casa da Moeda, 2005.